

LOS AGUJEROS DEL SILENCIO

Con el tiempo van multiplicándose los vacíos. Cuando eres joven los días están repletos de sentido, cada paso que das en la vida abre una nueva posibilidad. Con el transcurrir de los años te das cuenta de que los pasos aislados ya no cuentan, sino el camino recorrido. La vida adquiere un matiz abstracto porque se piensa en ella precisamente en términos abstractos: la familia, la carrera, los amigos, el futuro. Temas que antes no te preocupaban empiezan a cobrar un significado enorme. Te despiertas por la noche, sudoroso y temblando, pensando en la muerte, en que dentro de no mucho tiempo quienes están a tu lado ya no estarán y tendrás que gestionar tu vida sin ellos. Te plantas en la mitad del sendero con la sensación de que la existencia no consiste en vivirla, sino en deslizarse por ella. La putada es que nunca has contado con un buen trineo y jamás has tenido el valor de asomarte al precipicio de la montaña.

La vejez es la única enfermedad de la que uno ya no espera curarse,
Ciudadano Kane

Yo he vivido todos estos vacíos con el silencio como testigo silencioso, un silencio que muchas veces se convertía en gelatina pegajosa y mugrienta cuando intentaba recordar a mis seres queridos. Por mucho que me esforzase, solo acudía a mi mente una imagen borrosa y difuminada. En la Asociación Turolense de Padres de Niños Sordos intentaron que fuese como los demás, pero yo rechazaba el cambio y evitaba convertirme en alguien convencional.

Suelo pasar once meses al año faenando en alta mar capturando atún rojo y merluza. Estudié filología clásica y mi gran sueño era ser escritor, pero vivimos en España, de manera que no me quedó más remedio que aceptar un empleo en una naviera para subsistir. Envié varios manuscritos a diferentes editoriales que me aseguraron que tenía talento, pero todo quedó en una declaración de intenciones. Cansado de malvivir y comer basura, de la noche a la mañana empecé a trabajar en un barco. Seguía comiendo basura y malviviendo, aunque terminaba tan agotado que no tenía tiempo de pensar en la mierda que me rodeaba. Cada vez que vuelvo a la casa de mis padres en Teruel les veo un poco más mayores, oyen menos, sienten menos, ven menos, se acuerdan de

menos cosas. Tengo miedo de que un día no se acuerden de mí. Viven en la calle Comadre, al menos eso creo, yo mismo no rijo desde hace tiempo y olvido las cosas.

Lo mejor que puedo hacer con la muerte es aprovechar la vida,
Hacia rutas salvajes

¿Cuándo se convierte la vida en una biografía irreversible? Tengo la corazonada de que ya no se puede cambiar, de que es demasiado tarde, de que he vivido lo que tenía que vivir, de que ciertos patrones pegados como una costra a mi piel no pueden modificarse. Sé que me queda mucho por delante, pero estoy cansado de luchar. Pienso que batallo por ellos, por mis padres, porque estén orgullosos de mí, pero cuando falten no tendré ningún incentivo para hacerlo. Me gustaría desaparecer porque estoy agotado. Podría asomarme demasiado por la popa del barco y caer en medio del océano, pero no tengo valor y parece que me excita seguir sufriendo, disfrutar de unos días que siempre son iguales. Para mucha gente la felicidad consiste en repetir siempre la misma rutina como un modo de preservarse del dolor. Yo la repito y, aún así, soy tan desgraciado que no alcanzo la felicidad.

Un perdedor tiene tanto miedo a no ganar que no lo intenta,
Pequeña Miss Sunshine

También estoy harto del silencio. Me ha dado mucho, pero también me lo ha quitado todo. No puedo soportar pasar días enteros encerrado en el camarote y divisar a lo lejos las costas de Terranova, no escuchar los improperios de mi capitán o luchar contra una migraña causada por el zumbido que siento en el oído que no desaparece nunca. La soledad de un sordo como yo en el océano puede ser muy dura. Tergiversa las cosas y te confunde. Nunca vemos mas allá de nuestras certezas y hemos renunciado a conocer a la gente. Nos limitamos a conocernos a nosotros mismos sin reconocernos en los demás. Lo que acabo de decir lo leí en un panfleto de autoayuda. Soy muy básico, presa fácil de la publicidad de curanderos del alma. De todos modos, esta sensación se multiplica en alta mar. Mis compañeros intentan hablarme con los ojos, pero hace tiempo que olvidé ese lenguaje. ¿Para qué? Yo he sido siempre muy generoso y excesivo en todo lo que he

hecho, incluidas las relaciones. Aunque esa magia que procede de la locura es apasionante y a ratos inigualable, a la larga no refleja un deseo real sino la sublimación de un goce que dura un instante. Y ya no quiero instantes de goce sino una vida de deseo. Una vida tranquila.

La única persona en tu camino eres tú. Es hora de dejarla ir,

El cisne negro

Echo de menos las luces de colores. Cuando era pequeño mi abuela decía que los niños poseían unas pequeñas linternas en su interior que les permitían ver la realidad sin máscaras ni medias verdades. Como yo no oía, mis luces eran más poderosas que las de la mayoría. Eso decía mi abuela, quien me ponía como ejemplo a Diego e Isabel. Aseguraba que los amantes verdaderos se iluminan con el alma. Supongo que mi abuela tendría sobredosis de *Cristal* o *Santa Bárbara*. Con el paso de los años esas luces se oscurecen, se vuelven intermitentes o simplemente se apagan. Ya que tengo que seguir vivo y, desafortunadamente, la ciencia actual frena tanto la llegada de la muerte, pido al destino que me ofrezca la oportunidad de ver más allá de mí mismo y de conocer a la gente, que esas luces de colores que un día tuve no se apaguen nunca, incluso después de la marcha de mis padres.

Mi padre también era marinerero, como yo. Pero oyente. De hecho, él fue quien me enchufó para entrar a formar parte de su compañía. Estuvo lustros fuera de casa. Cuando volvía y me traía un pantalón que había comprado allende los mares no me servía porque había crecido. Una vez hasta se olvidó de mi nombre. Del nombre de mi madre se olvidaba constantemente porque tenía a decenas de amantes en los puertos en los que recalaba. Mi madre nunca se lo tuvo en cuenta. Y así está, destrozada y con una existencia de saldo. Yo critiqué mucho a mi padre, llegué a odiar el mar porque el mar era el culpable de su ausencia y de su mala fe, era el culpable de que mi madre viviese enterrada en vida. Otro gallo hubiese cantado a mi madre si, como yo, no hubiese oído nada. Al no escuchar, elaboras a tu antojo los subtítulos de las escenas de tu vida. Tiene su lado bueno. Si se teme al mañana es porque no se sabe construir el presente y, cuando no se sabe construir el presente, uno se dice a sí mismo que podrá hacerlo mañana y entonces ya está perdido porque el mañana siempre termina por convertirse

en hoy. A menudo pienso que tengo como bandera la incomprensión y el desencaje vital, me siento alejado de unos congéneres que no me entienden. Hay veces que tengo la impresión de que he traspasado los límites de la realidad, confundiéndola con la ficción. Debo inventarme una historia diaria, como si fuese un actor de mi propia vida, con su comienzo, su nudo y su desenlace. En el barco casi nadie sabe que existo. Y en tierra tampoco. Soy invisible para la gran mayoría. No me comprenden. Para otros me he convertido en un elemento subversivo porque me ven como un pájaro libre sin reglas ni restricciones. Y eso da miedo. En alta mar suelo concentrarme en un punto del horizonte y me dejo llevar. De repente la vista se nubla y me siento como uno de aquellos artistas de la escritura automática de principios del siglo XX. El mecanismo automático es reemplazado por mi mente, que se imagina como una ballena gigante devora a mis padres y a mí. Los tres nos sentamos en un sofá enorme, de color rojo y tejido aterciopelado, al lado de la tráquea de la ballena. Nos miramos y nos queremos. Nos decimos tonterías. Nos hacemos carantoñas. Mi padre besa a mi madre y le dice que está muy guapa. Esto me impresiona porque nunca lo he visto en la realidad y hace que se me erice el vello de todo el cuerpo, lo que provoca cosquillas a la ballena que, en un potente estornudo, nos expulsa como si fuese un géiser enfadado. Caigo entonces en la cuenta de que estaba soñando despierto con aquello que siempre deseé, sentirme amado a pesar de mi discapacidad. Puede que durante mi infancia viera pequeños retazos de amor en casa, pero desaparecieron cuando me hice mayor. Entiendo que me guste crear historias y pequeños relatos porque mis padres han sido siempre unos grandes actores, una fuente de inspiración maravillosa para cualquier autor que se precie. En Navidades, por ejemplo, montaban una parafernalia increíble que simulaba el hogar perfecto: luces de colores (no las mías, sino las de los chinos), regalos, árbol con enormes bolas, trufas de chocolate, polvorones y mazapanes de Soto. Yo, en mi ingenuidad, deseaba llegar a casa para verles y disfrutar del decorado propio de película de Doris Day en el Illinois de los años 50. Año tras año, me daba un nuevo batacazo. Digamos que nunca encontré a Rock Hudson y tuve que reemplazar Illinois por la plaza del Torito.

Las desilusiones son como pequeñas muertes diarias. No sé dónde leí eso. Puede que fuese en otro manual de autoayuda. Soy un cobarde para matarme pero, al menos,

cuento con la gran suerte de vivir pequeñas muertes cada cierto tiempo que me hacen tener una remota idea de aquello para lo que no tengo valor.

Todo acabará bien. Y si no acaba bien es que no es el final,

El exótico Hotel Marigold

Llegados a este punto, solo sé que me siento bien al lado de los inadaptados y los perturbados porque yo soy un inadaptado y estoy perturbado. Mis padres nunca han entendido esto. Al contrario, piensan que soy, sencillamente, raro. La auténtica verdad aflora cuando te das cuenta de que no necesitas el amor de nadie y de que en eso radica tu libertad. Si continúas formando parte del entramado afectivo impuesto por la sociedad es solo porque piensas que los demás necesitan de ti. Por eso escribo en la soledad de mi camarote, por eso creo historias amparado en el silencio.

Casi todos mis cuentos se desarrollan en un Teruel inventado en donde no existe el dolor ni la angustia, donde las construcciones mudéjares y los edificios modernistas del centro levitan sobre las cabezas de los turistas que degustan jamón y trufa negra en alguna terraza, donde Diego empotra a Isabel como si no hubiese un mañana contra los muros de la catedral y los adolescentes con las hormonas desatadas se unen al festín.

Un Teruel libre, un Teruel sin etiquetas, libre de estigmas.

Yo no necesito el amor de los demás, me da pereza. Tampoco sus voces. Pero mis historias, sí. Puede que haya alguien que las entienda y consiga, telepáticamente, que los agujeros de mi alma se tapen con una fina capa de hormigón, que convierta una de mis historias en un amor imposible aderezado por una gran sinfonía. El silencio, gracias al arte, se convertirá en inmortal porque los amores imposibles, como el de Diego e Isabel, no terminan nunca, son los únicos que duran para siempre...

FIN